

CAPÍTULO LXVIII. *Que prosigue el descubrimiento de las islas australes y se dice las que vieron en muchas y muy buenas propiedades*



UIS VÁEZ DE TORRES, POR VER LA GENTE DE LA TIERRA y comunicarla, llegándose la armada más a tierra, después de haber tomado fonda, fue en su gondolilla y, sin saltar en tierra, habló con los indios, a quien dieron una manta tejida de palma y algunos cocos; y juntamente señas de largas tierras, diciendo que sus habitantes eran más blancos que los que dejamos atrás. Volvióse a las naves, que por no tener necesidad de agua ni leña dieron vela la vuelta de el sur, yendo navegando hasta veinte y cinco de el dicho, aunque con algunos contrastes y vientos diferentes; vieron a el amanecer tierra por la proa, alta y grande; navegaron a ella, poniéndole por nombre Nuestra Señora de la Luz; hallaron que estaba en altura de catorce grados y medio; vieron otra, la vuelta de el oeste y otra más grande de la vuelta de el sur; y a la vuelta de el sueste, otra mayor, que pareció no tener fin, llena de montañas grandes; viendo estotra a la banda de el oeste; y otra, altísima y larga por encima de la primera, adonde fueron siguiendo su camino; llegaron a ella como a las cuatro de la tarde, yendo la zabra delante, a quien algunos indios llamaron con palmas; viéronse en ella chácaras o huertas, donde tienen sus sementeras; era muy viciosa y verde, arrojando a el mar por algunas quebradas gruesos arroyos de agua.

Consultóse esta tarde qué tierra de las vistas podía tomarse; salió de acuerdo que fuesen a la que declinaba a el oeste, de Nuestra Señora de la Luz. Y así otro día la vinieron a tomar por la banda de el sur; mas antes de llegar vieron otra mayor y más alta, la vuelta de el sueste; al fin llegaron a la que estaba determinado, miércoles veinte y siete de abril, en cuyas cumbres y levantados montes vieron encendidos humos (señas entre ellos de alegría y paz), confirmándola con venir a la armada algunos indios en sus piraguas, no traían armas, que sólo su deseo era que fuesen a su tierra; y visto por el capitán, mandó fuese la barca de la capitana con veinte soldados y su oficial, por ver si hallarían puesto y lo demás que de lejos la tierra prometía. Armados los soldados de rodelas y arcabuces fueron en sus barcas y llegaron a sus riberas, en breve espacio, donde vieron que entre peñascos y quebradas, hermosas a la vista, bajaban despeñándose al mar copiosos y gruesos ríos, cuyo nacimiento parecía estar en las cumbres de los montes. Vieron también en las playas algunos puercos, como los de España e innumerables indios, de tres diversas colores; señal cierta de la grandeza y longitud de la isla, y de tener muy cerca la tierra firme; eran pardos los unos, otros de el todo negros y los otros, en grande extremo, blancos; tenían barbas y cabellos rubios.

No poca admiración causó a los nuestros y no menor de ver que un

indio, estando muchos en la orilla, llamando con señas de paz a nuestra gente, se dejó venir con furioso ímpetu desde la falda de una montaña a la orilla de el mar; y entrando con animoso brío en el agua, sin temer a los nuestros, fue nadando hasta llegar a la barca, donde fue recogido y aprisionado, temiendo no quisiese hacer algún daño en los españoles, por verle tan animoso y fuerte y hacer ademanes con el rostro y brazos; y traía en ellos unas manillas de colmillo de puerco jabalí, daba indicios su persona de ser cacique y señor en su tierra, como después supieron. A este mismo tiempo vinieron a la zabra, que estaba cerca de tierra, unas piraguas, de donde con caricias y halagos cogieron un indio de los que en ellas venían, con intento de llevarle a el capitán, por el deseo que tenía de verlos para regalarlos y vestirlos; pues de esta manera era negocio fácil acabar la paz con ellos; cosa tan importante a su disinio.

Metido el indio en la zabra le echaron una cadena a el pie, por temor que no se arrojase al agua, caminando con él la vuelta de los navios, que estaban más de tres leguas de tierra; y viéndose el indio aprisionado, culpando su temeraria osadía, y casi cierto de que su prisión había de ser causa de su muerte, hallando ocasión acomodada rompió con las manos la cadena, quedándose en el pie el candado con algunos eslabones; y sin que fuese nadie parte a estorbarlo se echó al agua, nadando con gran priesa la vuelta de su patria; y viendo los nuestros ser trabajo perdido ir en su busca y ser la noche cerrada y obscura, siguieron su camino derechos a la capitana, a quien dieron noticia del caso.

Ya en este tiempo, con fuerza de remos, llegaba la barca que traía el indio; y metiéndolo dentro el capitán salió a hablarle, haciendo que perdiese el temor de verse preso; mas por lo que supo había hecho el otro, mandó lo echasen en el cepo, porque no hiciese lo mismo, asegurándolo para vestirle otro día y enviarle a los suyos. Dieron vela, prolongando la tierra, aunque poco a poco por ser corto el viento, siendo ya como las diez de la noche; los que hacían guardia en la proa dieron aviso de ello, diciendo haber oído voces; fuese luego arribando hacia donde pudieron oírlas, para saber qué podía ser; mas apenas llegaron cerca cuando conocieron ser el indio que había rompido la cadena, que viéndose el miserable cansado y rendido, viendo ser imposible llegar a tierra, tuvo por mejor entregarse a manos de sus enemigos que morir en el agua; y así, apresurando las voces, pedía en su lengua le diesen socorro; lo cual se hizo, metiéndolo dentro, quitándole el candado y pedazo de cadena que traía a el pie; mostrándole, para más alivio suyo, a el indio compañero, dejándolos juntos aquella noche dándoles algo que comiesen. Venido el día, el capitán les hizo vestir de tafetán de color de que traía muchos vestidos para rescate de comida y efectos semejantes; trasquiláronles la barba y cabello, abrazándolos el capitán con que quedaron contentos y desengañados; fueron en la barca vueltos a tierra; y saltando en ella el uno de ellos (que era señor y cacique), en agradecimiento de su buen trato, mandó les trajesen puercos y plátanos y fruta, bien diferente en el sabor y forma de las que hay en las Indias, que son, como hechura de brevas, muy coloradas y de suave olor, y otras de

diversas formas; y juntamente batatas y raíces de ñamés, que a ellos les sirven de comida.

Dejáronlos apesarados de su ida, y prolongado la tierra con la barca, junto a las playas, fueron pasando a vista de muchos pueblos de gran gentío, cuyos habitantes eran más pardos que los otros; a el parecer gente vil y de bajo trato, por lo que después se vido; los cuales, llamando las barcas con muestras de paz y enviando las mujeres por lo más espeso de el bosque, dispararon a gran priesa una rociada de flechas armadas con yerba; y visto por los nuestros el engaño, apartándose afuera un pequeño trecho, les dieron con la destreza acostumbrada una carga de mosquetería, matando a unos e hiriendo a otros (premio bien merecido a su malicia). Uno de los nuestros, llamado Francisco Machado, que por descuido suyo o por no guardarle bien los rodeleros que estaban delante, salió herido en el rostro, aunque no fue de ningún riesgo la herida, así por topar en el hueso de la mejilla como por venir la flecha cansada.

Viendo pues ser ya muy cerrada la noche, dieron vuelta a la armada, dándola también de el suceso, que como estaban ya deseosos de ver las grandes tierras que parecían al sudueste, fueron en su demanda llegando a treinta de abril, como a las tres de la tarde, y viendo un puerto abierto, como bahía, envióse la zabra con la una barca, para que lo descubriesen; hiciéronlo así, viendo por toda la tierra muchos humos, así en las faldas de los montes como en las cumbres; pero por haber llegado tarde a descubrirlo y haber tirado la capitana una pieza, se volvieron esperando el día siguiente, que apenas salió el alba cuando fueron segunda vez fondando la bahía por todas partes, esperando la armada a la boca de ella; y como a tres de la tarde vinieron a dar nuevas de haber visto mucha gente en las riberas, de grandes cuerpos; y ser juntamente la bahía muy ancha y abrigada de todos vientos, y de agradable puerto, con sonda de treinta brazas, hasta ocho muy cerca de tierra y que lo que habían visto de fuera, que declinaba al sur y sudueste, no tenía fin, antes parecían tierras muy grandes y dobladas. Trajeron por nuevas, asimismo, haber venido a ellos algunas piraguas con muestra de paz (aunque después se echó de ver ser fingida), y que les dieron unos plumajes, como martinets. Oyendo el capitán y piloto la razón de este puerto, y que más a sotavento, por la misma, se mostraba otra gran bahía, mandaron cazar a popa y así fueron en su demanda con no pequeña alegría todos, de haber visto cumplido el fin de sus deseos, teniendo entre las manos la más abundante y poderosa tierra que han descubierto españoles; entró la almiranta la primera, quedándose los otros con la zabra cerca de la boca, por ser ya noche y no tener conocimiento de la entrada, hasta otro día, que por ser el de San Felipe y Santiago, se le puso el mismo nombre. Venido el día les dio un terral alegre y fresco, con que entraron dentro con mucha seguridad. Fue luego la barca a buscar puerto acomodado; trajo por nueva que lo había desde cuarenta hasta seis brazas, todo de arena y limpio, enmedio de dos ríos. Holgáronse con estas nuevas y prolongando la bahía por la una banda de ella vieron que de muchas embarcaciones les daban voces para meterlos dentro; mas ellos, sin

hacerles daño, pasaron adelante barloventeando para llegar a dar fondo, pero por ser ya tarde aguardaron otro día, tres de mayo, en el cual surgieron, dándole por nombre al puerto, la Vera Cruz y a la tierra la austral del Espíritu Santo.

CAPÍTULO LXIX. *Donde se da fin a la relación de esta jornada y se dice una refriega que tuvieron los nuestros con los isleños de la Vera Cruz, donde mataron a el rey de ellos, y se dice la abundancia de la tierra*



ESTÁ ESTE PUERTO DICHO ENTRE DOS RÍOS; pusieronles por nombre, al uno, el Jordán, y al otro, el de el Salvador, que no pequeña hermosura daban a todas sus riberas, porque estaban llenas de olorosas flores y yerbas. Las playas de esta bahía son anchas, largas y llanas; es el mar aquí manso y apacible, porque aunque los vientos soplen con fuerza de la bahía dentro, apenas se mueve el agua; está por todas partes, enfrente de el mar, alegre y fresca arboleda, continuándose hasta la falda de muchos montes que descubrieron; y aun desde la cumbre de uno, en que subió nuestra gente, se divisaron fertilísimos valles llanos y vistosos y las montañas verdes atravesando por ellos diversos ríos; es tierra toda que, sin ninguna duda, hace ventaja a las de América, y la mejor de nuestra Europa, no hará poco, si la llega; es copiosísima de diversas y sabrosas frutas, de batatas, ñamés, papas, plátanos, que produce la tierra con sobrada abundancia, pues sin fuerza de arado, ni hoz, ni otro artificio, ofrece a sus moradores en todo tiempo regalado fruto; hay también por los valles y montes naranjas y limas; viéronse almendras mayores que las de España, ovos y otras muchas frutas no conocidas, pero sabrosas al gusto; hay albahaca, nuez moscada, ébano, gallinas y puercos; y por las señas que dieron en las otras islas de atrás, hay también ganado grande, aves de muchas suertes y de regalado canto; vieron abejas de miel, palomas, perdices y papagayos; las casas en que moran son pajizas y bajas; y ellos de color negro; hay temblores de tierra, señal de tierra firme.

Llegadas que fueron las barcas a tierra, otro día, los indios y su rey con ellos salieron a las playas, pesándoles en extremo de la ida de los nuestros procurando con algunos dones de frutas, que les dieron, que se volviesen, mas nuestra gente, saltando en tierra, procuró hacer paz con ellos, aunque el indio rey, haciendo con la punta de un arco una raya en el suelo, dijo, que no pasase ninguno de allí adelante; pero Luis Váez, pareciéndole cobardía, pasó de la raya; mas apenas lo puso por obra cuando los bárbaros dispararon a gran priesa algunas flechas; y en pago de este atrevimiento y mala intención, mató nuestra gente algunos y a el rey con ellos, huyendo los demás por el monte. Hicieron, en el tiempo que allí estuvieron surtos los navios, algunas entradas para buscar comida, de que iban faltos y jun-